

En tiempo de los Emperadores la creciente afeminación y relajación de las costumbres, debió inducir á los hombres á apropiarse los distintivos de las mujeres, porque Alejandro Severo, según Spartano, tuvo que prohibirles usar zapato blanco.

Los senadores Romanos sujetaban el *calceus* en la articulación del pié con una media luna, llamada así por Juvenal y *lunula* por otros, que con su valor en aquella numeración recordaba los 100 que habían formado en su origen aquel augusto Tribunal. Estas hebillas eran comunmente de marfil y algunas veces de plata y oro.

Los Magistrados, triunfadores y Emperadores usaron calzado de seda color de carne, á imitación de los antiguos Reyes de Alba; y también de lino muy blanco bordado y guarnecido de oro y pedrería. Esta última especie estuvo reservada principalmente á los Emperadores desde Antonino el filósofo á Constantino.

Por último, los ciudadanos Romanos se despojaban del calzado cuando iban á acostarse en las camas, colocadas al rededor de la mesa, en que comían. Los encargados de aquella operación eran esclavos de la infima especie, llamados sandaligeruli, que custodiaban los zapatos durante el banquete y los calentaban, concluido este, para colocarles nuevamente en los piés.

Tales son á grandes rasgos las vicitudes porque ha pasado esta prenda bienhechora de la humanidad en las remotas edades de la historia: si su estudio es frívolo, considerado bajo el punto de vista utilitario, es agradable y conveniente para la inteligencia humana, que como principio progresivo vive hoy con los recuerdos del pasado y principia con ellos la vida del porvenir; baste pues con lo dicho para acreditar la estimación en que á los zapatos tengo y el respeto que les profeso. Mas como juzgo para mí temerario aventurarse en las tinieblas de la edad media, siguiendo el hilo de mi interrumpida narración, doy aquí punto final á mi trabajo y me voy con la música á otra parte, bailando el zapateado.

J. LEDESMA.

A LA DOLOROSA DE SALCILLO.

Del arte preciosa joya
Que haces honor á este suelo
En donde con ráudo vuelo
Se eleva la inspiración;
Del génio de un gran artista
El trabajo mas grandioso,
De un talento prodigioso
La mas bella concepción.
No es su semblante bañado
Por lágrimas de amargura,

De una terrenal criatura
Presa de acerbo dolor,
Es de un hermoso querube
El semblante peregrino,
Que siente un amor divino
Y llora por ese amor.

Es un poema esa cara
De ternura y de belleza,
De magestad, de grandeza,
De amargura y de pesar;
Es una madre que llora,
Sin esperar un consuelo,
De ese puro y santo cielo
Donde eleva su mirar.

Esos lábios marchitados
Por el dolor mas profundo,
Parece dicen al mundo
¡Tu causaste mi dolor!

Y esos ojos espresivos
Amargo llanto vertiendo
Le están al hombre diciendo
¡Llora por tu Redentor!

Y á la virgen y á la madre,
Y el dolor que experimenta,
Y el divino amor que alienta,
Todo á un tiempo allí se ve:
Y no hay corazón tranquilo
De ese portento delante,
Porque ha sido ese semblante
Inspirado por la fé,

VIRGILIO GUIRAO.

LA PAZ QUE HUYÓ DE MI PECHO.

Gilgerillo enamorado
Que en las ramas de un almendro
Trinas lleno de ventura,
Cantas himnos placenteros;
Tú, que cuando nace aurora
Ya has estendido tu vuelo
Desde el mas profundo valle
Hasta el encumbrado otero;
Tú, que al rubicundo Apolo
Saludas con tus gorgoros,
Cuando aperece oscilando
Por el oriente risueño;
Tú, que alegre y sin pesares
Pasas las noches durmiendo,
Esponjaditas las plumas
Y bajo el ala tu cuello;
¡Quieres contarme tus dichas?
¡Quieres hablarme gilguero,
A ver si hallo, por ventura,
La paz que huyó de mi pecho?
Brisas que por la mañana
Saltáis de ese mar inmenso

